

MUJERES DEL QUIJOTE

El dolor es el padre de la poesía y su madre la misericordia. Del infortunio y la piedad estrechamente abrazados en las almas próceres, nacieron los más sabrosos frutos del ingenio, esas creaciones inmortales que al cabo de los siglos conservan todavía la gracia, la tersura y la fuerza de su florida juventud.

Y esta profunda ley que suele cumplirse con raras excepciones en las obras más sazonadas y cabales del espíritu humano, resplandece como propia y nobilísima virtud del genio español, destinado a engendrar sus más hermosos y gallardos libros no en lugares de sosiego y ventura, en estancias apacibles y deleitosos vergeles, sino en duros caminos y obscuras cárceles,

«donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación...»

En un lóbrego calabozo de Toledo, convertido en dulce retiro de las Musas por obra y gracia de San Juan de la Cruz, brotó la música inefable de aquellas liras melodiosas, aquel divino epitalamio con que la lengua castellana mostró ser el idioma de los ángeles. En prisiones también, allí donde la envidia y la calumnia encerraron a Fray Luis de León, se escribieron los diálogos de su obra maestra, los *Nombres* sublimes del Príncipe de Paz. Y en la cárcel de Sevilla, entre el ruido de las cadenas y el hervor de aquellos *ranchos* mal olientes, nació el rey de los libros españoles, la epopeya del mundo moderno, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Hijo legítimo de la adversidad y la ternura de Cervantes, de su deseo de vivir, aun en los días invernizos en que veía desvanecerse toda ilusión, toda esperanza en la tierra, es el buen caballero don Quijote la encarnación del ideal en pugna con las amar-

gas realidades de la vida. Empeñado con noble demencia en mejorar el mundo por el esfuerzo de su brazo, caído en toda suerte de humillaciones y malaventuras, retrata bien claramente el angustiado y amoroso espíritu de su dulce y triste padre...

Porque el dolor en las almas exquisitas, el espectáculo de las flaquezas humanas, la dura experiencia de las cosas, lejos de encallecer el corazón y llenarle de ácidos y corrosivos humores, le ablandan y le colman de caridad y benevolencia. Así Cervantes, gran español, cristiano viejo, sumo artista, sufrió con la sonrisa en los labios las más injustas tribulaciones: la soledad y el abandono, la cárcel y la pobreza, la envidia ruin; peleó por la patria y por la fe en «la más alta ocasión que vieron los siglos»; perdió allí la mano izquierda «para mayor gloria de la diestra»; padeció cautiverio en Argel; ganó en oficios humildes el pan de cada día; anduvo en traza de alcabalero por los caminos castellanos y andaluces; conoció la gloria y el hambre, el amor y el odio; pero al llegar a la cumbre de su

triste y henchida madurez, abarcó el espectáculo del mundo sin amargura y sin despecho, con una inmensa y penetrante mirada, con una piadosa ironía, con una blanda resignación.

De estos sentimientos generosos, como de un bálsamo espiritual, están unguadas todas las páginas del *Quijote*. Escrito con intención satírica, trasciende y se remonta de tan pobre nivel hasta convertirse en espejo purísimo de la humanidad entera, en síntesis grandiosa de lo ideal y de lo real. La compasión y la dulzura brotan á raudales de esta burla sin hiel; una risa llena de lágrimas nos da en el rostro y en el corazón. Los más vulgares episodios, los tipos más viles y groseros, las realidades más torpes y crudas, adquieren de súbito un sentido moral, un interés sobrehumano, se bañan y se limpian en el ambiente luminoso y estético del *Quijote*. Aldonza Lorenzo, las labradoras del Toboso, Teresa Panza, Sanchica, hasta las mozas alegres de la venta y la ruin Maritornes, se transfiguran por la virtud del arte cervantino, igual

que el barro vil en los dedos creadores de un gran artífice. Figuras menudas, apenas esbozadas, quedan ya para siempre en la memoria, como seres que hemos visto al pasar alguna vez por caminos españoles. Tal se nos muestra la hija del ventero, aquella moza tan pizpireta y gentil que ayudó a curar a don Quijote tras la aventura de los yangüeses, y lamentaba con tan donosas razones la crueldad de las damas con sus tristes y rendidos galanes. Aun sobre el feo rostro de la cerril Maritornes se dibuja una blanda sonrisa cuando oye contar las lindezas de los caballeros andantes y sus románticos amoríos, que a ella le parecen «cosa de mieles...»

La tolerancia y la ternura de Cervantes se extreman y afinan al pintar retratos de mujer. Su delicada sensibilidad, sus ideas platónicas, su espíritu cristiano y caballeresco, fueron parte a crear una de las más variadas ginecografías del arte español, tan rico en imágenes y caracteres femeninos. En torno al rostro avellanado y enjuto del hidalgo manchego bulle una multitud de mujeres,

hermosas o feas, nobles o rústicas, discretas o simples, de muy diversa traza y condición, pero unidas todas por el lazo común de la simpatía, por un íntimo y cordial sentimiento de indulgencia y de ternura. El honesto y señoril apartamiento, el libre albedrío de la pastora Marcela; el valeroso arranque de Zoraida; la flaqueza de Camila, justo castigo del Curioso impertinente; los ocios y donaires de la Duquesa; la discreción y bizarría de Ana Félix; la gracia infantil de doña Clara; la pasión de Dorothea; el desenfado de Altisidora; la fidelidad de Luscinda; todos estos rasgos y otros muchos que, entre veras y burlas, trazó el Príncipe de los Ingenios en su novela inmortal, revelan cómo penetraba Cervantes en el alma de la mujer y con qué viva misericordia sabía amar sus virtudes y perdonar sus yerros.

El heroísmo tradicional, los antiguos ideales caballerescos, erigidos en Orden cristiana y militar para restablecer en el mundo el amor, la lealtad y la justicia, laten profundamente en las entrañas del

Quijote. Bien conocía su glorioso autor que después del santo no hay figura más venerable que la del héroe. En los siglos de hierro del Cristianismo crecen con liberal exuberancia las flores del heroísmo y la santidad; a veces, muchas veces, el santo y el héroe se juntan y confunden dentro de un mismo corazón: la cruz está en el puño de la espada y la espada en la diestra de San Fernando de Castilla. Mas, poco a poco, los tiempos se enmolecen, las costumbres se relajan, los ideales se corrompen; la austera Caballería pierde su majestad y su candor, y se convierte en novela, en falsa y torpe literatura. El amor y el respeto a la mujer, redimida por la caridad, sublimada por el heroísmo, viene a dar en culto galante y liviano, en frívolo pasatiempo de ociosos y trovadores, en parodia gentil. A fuerza de encumbrar a la *dama*, se pierde en sombras la *mujer*. Contra esta falsificación y enervamiento del ideal esgrime Cervantes su ironía sutil, y restablece en su trono, depurándolas de absurdos errores, las ideas

eternas de la justicia, de la lealtad y del amor.

El amor, el puro concepto del amor platónico, revive en Dulcinea con alta y conmovedora poesía; pero la ideal figura de la amada tiene aquí su complemento y su contraste en la humilde realidad de la moza del Toboso: el noble ensueño quijotesco se purifica y engrandece por el dolor cada vez que recibe las lecciones crueles de la vida, cuando al buscar a la dama de sus altos pensamientos tropieza con las grotescas imágenes de la impura realidad. Y la fe, esa robusta fe con que el pobre hidalgo mantiene su ilusión a prueba de burlas y abstinencias, decepciones y pedradas, viene a ser el símbolo, no ya de la muerta Caballería andante, sino de la eterna, de la cristiana Hidalguía de los espíritus superiores...

Restablecido de esta suerte el concepto sano y razonable de la mujer, en el justo medio donde coinciden la realidad y la fantasía, Aldonza y Dulcinea, supo Cervantes encarecer las virtudes de idealidad y her-

mosura, de corazón, de entendimiento y voluntad de que son capaces las mujeres aun en las condiciones más ínfimas, vulgares y prosaicas, sin encubrir tampoco sus extravíos y defectos, conforme a la impureza y complejidad de la vida, en la cual se mezclan y confunden la luz y la sombra, el barro y el espíritu.

De aquí la riqueza y ponderación del elemento femenino en el *Quijote*: no lejos de las mujeres apacibles, domésticas, sedentarias, como la esposa de aquel discreto caballero del Verde Gabán, el ama y la sobrina del Ingenioso Hidalgo, vemos las figuras inquietas y errantes de la hermosa morisca y de Dorotea, los temperamentos apasionados y valerosos de Quiteria y Zoraida; junto a la Duquesa, noble y señorial hasta en sus chanzas y remoquetes, la turba maleante de sus dueñas y doncellitas socarronas; junto al claro cristal de Marcela el vidrio quebradizo de Camila... En todas ellas predomina el sentimiento; viven casi todas para el amor, con más o menos decoro y pulcritud, como en el mundo su-

cede; pero en las altas y escogidas, en las que puso Cervantes mayor cariño y esmero. brillan a la par de la ternura y de la gracia los resplandores de la inteligencia, los rasgos firmes, briosos y ejemplares de la mujer ideal, a un tiempo fuerte y dulce, apasionada y honesta, inteligente y sensible, discreta y valerosa, llena de fe y abnegación; amiga del hogar doméstico, pero capaz, también, de afrontar y resistir, dondequiera, los más adversos y dolorosos trances, ya que la cobardía, si es baldón en los hombres, nunca fué virtud en las mujeres.

No llegan todas las del *Quijote*, si ha de decirse la verdad escueta, al punto sazondísimo de realidad humana y perfección artística en donde resplandecen algunos ejemplares masculinos, aun sin contar los del Hidalgo y su escudero; tal vez el gusto de la época, inclinado a los muchos y raros episodios, hace un tanto borrosas y convencionales ciertas figuras de mujer. Pero esta inferioridad, relativa siempre y en proporción adecuada a los vuelos altísimos de la obra, podría explicarse por la vida misma

de su autor, que si pudo conocer de cerca a muchos grandes y famosos varones, poco o nada llegó a saber de las hembras ilustres de su tiempo, tan fecundo en inteligencias y caracteres femeninos. Aunque tuvo sus ínfulas de poeta cortesano, vivió Cervantes en muy triste penumbra; cuando joven, escribió una elegía a doña Isabel de Valois; ya viejo, una canción a la Madre Teresa de Jesús; pero nunca vió con sus ojos mortales a la santa monja ni a la dulce reina, ni acaso a mujer alguna digna de su entendimiento y su corazón.

Pasan por su conmovedora biografía, con más o menos rapidez, nombres insignes, hombres eminentes en las letras y las armas, en la iglesia y la corte: el maestro López de Hoyos, el doctor Antonio de Sosa, el Fénix Lope de Vega, Vicente Espinel, Mateo Alemán, los Argensola, Jáuregui; el vencedor de Lepanto, el maestre Moncada, el capitán Urbina, Marco Antonio Colonna; el arzobispo Sandoval, los cardenales Acquaviva y Niño de Guevara; los secretarios reales Antonio Pérez y Ma-

teo Vázquez, el conde de Lemos, el duque de Sessa... No aparece, en cambio, un solo nombre de mujer que denuncie pasiones profundas, afectos espirituales, calor de entrañas amorosas en la vida inquieta del sublime escritor.

Poco sabemos de doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, la hidalga de Esquivias con quien casó, ya maduro; menos aún de Ana Franca de Rojas, pobre mujer que tan poca huella moral dejó a lo que parece en la vida del glorioso ingenio: ambas figuras, descoloridas y vulgares, se desvanecen como sombras ante el retrato cervantino, lleno de intensa, meridiana luz. Ni su madre, Leonor de Cortinas, apacible y leal esposa de un cirujano modestísimo; ni las hermanas de Miguel, la sagaz, resuelta, infatigable Andrea, tres veces viuda; la devota Magdalena; la mística Luisa, monja del Carmelo; ni Isabel de Saavedra, la hija natural, que declaraba, acaso fingiendo, que no sabía escribir; ni la sobrina, la alegre Constanza, con ser figuras muy interesantes, sobrepujaron quizá el nivel

común de las mujeres caseras de su tiempo, harto más libres, por otra parte, desenfadas y varoniles que las de ahora. No hay, que sepamos, en torno del Poeta, un prototipo singular, un alma superior, una Musa de carne y hueso que le sirviera de inspiración y dechado. A juzgar por la vida azarosa y humilde que arrastró casi siempre, más Aldonzas que Dulcineas debió de hallar en su camino; sólo a fuerza de genio y de ternura modeló con tan pobre arcilla unos tan finos y elegantes búcaros, llegando a la más alta idealización que cabe imaginar.

Era, con todo, la mujer española de su siglo, aun en el ambiente que hoy apellidamos «burgués», menos pasiva y muelle, menos prosaica, materialista y pusilánime, conforme a un medio social, heroico todavía y juvenil, rebelde en su fuero interior al ruín positivismo, a los torpes encasillados de nuestros días. ¡Si hasta la piedad era entonces menos cobarde y melindrosa, más alegre, robusta y andariega! Así pudo el gran espíritu del artista apoyar ^{reclamando} ~~reclamando~~

en las más accesibles realidades de su país y de su tiempo la peregrina creación y extraer de los modelos vivos, por vulgares que fueran, los rasgos perennes, las prendas seguras de la inmortalidad.

Bien quisiera yo que esos rasgos ideales, sorprendidos o adivinados en el alma femenina por el doliente y afectuoso Príncipe de los Ingenios, rutilasen con nuevas y claras luces en las páginas de este libro, destinado principalmente a las niñas españolas.

Pero el trabajo que aquí se ensaya, por fuerza ha de ser humilde como quien lo ejecuta, sencillo como quienes han de leerlo. No presume la autora descubrir las mujeres del *Quijote*, esas estrellas inmortales bañadas por la luz solar del héroe cervantino: sólo pretende evocar en ellas, con amorosa intención, algún aspecto de su rostro moral, las cualidades que puedan resplandecer con más alto ejemplo y comunicativa gracia ante los ojos infantiles.

Si así lo consiguiera, y en ello tuviesen

también gusto y solaz mis lectores habituales, habría realizado un ferviente propósito de española y cristiana, una acendrada ilusión de mujer y de artista.